

Desafíos al Orden

Política y sociedades rurales durante la Revolución de Independencia



prohistoria
ediciones

Raúl O. Fradkin
Jorge D. Gelman
compiladores

Rosario, 2008

Índice

<i>Prólogo</i>	9
Raúl O. Fradkin – Jorge D. Gelman	
<i>Entre la Patria y los “Patriotas ala rustica”. Identidades e imaginarios, armas y poder entre la independencia y la “anarquía”. Córdoba en las primeras décadas del siglo XIX</i>	17
Valentina Ayrolo	
<i>Territorios en disputa. Liderazgos locales en la frontera entre Buenos Aires y Santa Fe (1815-1820)</i>	37
Raúl Fradkin – Silvia Ratto	
<i>Paisanaje, insurrección y guerra de independencia. El conflicto social en Salta, 1814-1821</i>	61
Sara Mata	
<i>“El orden es el desorden” Guerra y movilización campesina en la campaña de Jujuy, 1815-1821</i>	83
Gustavo Paz	
<i>Al acecho del orden sanmartiniano. Cuyo después de 1820</i>	103
Beatriz Bragoni	
<i>Después de la derrota. Apuntes sobre la recomposición de los liderazgos rurales en la campaña oriental a comienzos de la década de 1820</i>	131
Ana Frega	

Prólogo

RAÚL O. FRADKIN

JORGE GELMAN

El estudio de las formas que adoptó la política durante la crisis del imperio español se ha convertido en objeto de renovados enfoques que pueden registrarse con mayor claridad si se recuerdan las ideas que estaban al uso hace tres décadas. Para entonces, tendía a generalizarse en la historiografía americanista una interpretación que venía a recusar una tradición forjada desde el siglo XIX: la independencia no había implicado ninguna revolución o, a lo sumo, había sido una revolución política que por lo tanto había dejado prácticamente intactas las estructuras y relaciones sociales. Esta interpretación vino a ser cuestionada por otra que tendió a predominar claramente en la década de 1990 y que revalorizaba y enfatizaba los componentes políticos de los procesos de independencia y hallaba justamente en ellos la sede de su carácter revolucionario. Ese cambio de perspectivas expresaba tanto del revisionismo que en los años 1980s. se impuso en los estudios históricos de las revoluciones –y particularmente de la francesa– como de la revalorización de la historia política y cultural tras una larga preeminencia de la económica y social como terrenos privilegiados de la innovación. De esta manera, los estudios sobre el ejercicio de la soberanía y la representación, la construcción de la ciudadanía y las prácticas electorales, las nuevas sociabilidades, conceptos y lenguajes políticos pasaron a ocupar un lugar preeminente en los estudios históricos latinoamericanos de la transición del orden colonial a los republicanos. A su vez, y paralelamente, se estaba produciendo otra vía de renovación de los enfoques aunque de orientación muy diferente: un conjunto de estudios sobre las intervenciones políticas de las clases subalternas (en particular, de los sectores campesinos e indígenas) que se apoyaba en la riqueza que había adquirido en los años precedentes el conocimiento mucho más preciso y pormenorizado de las estructuras y relaciones sociales agrarias. Pero lo cierto es que una y otra forma de hacer historia no sólo han estado poco conectadas entre sí sino que incluso tampoco han dialogado o confrontado como era de esperar.

Como suele suceder, en nuestra historiografía estas tendencias de cambio se manifestaron más tardíamente y a su propio modo. En parte, ello obedeció a que la historiografía argentina disponía desde principios de los años 1970s. de un texto que resultó por demás influyente en su desenvolvimiento posterior y que, de alguna manera, anticipaba aquella primera dirección del cambio de perspectivas historiográficas. Nos referimos, obviamente, a *Revolución y guerra* de Tulio Halperin Donghi, “un libro de historia política” que buscaba abordar un problema que hasta entonces no había sido planteado en esos términos ni de ese modo: rastrear el surgimiento de la

política y la formación de una elite política que iba a llevar adelante la revolución en un espacio en el cual “hasta la noción misma de actividad política había permanecido desconocida por casi todos hasta poco antes”.¹ Para ello el autor prestaba preferente atención a tres tipos de relaciones: las relaciones sociales preexistentes a través de las cuales se fue canalizando la nueva actividad política, las relaciones entre nueva elite política y elites económicas y sociales y, por último, las relaciones entre esa nueva elite política y los “grupos populares”.

Sin embargo, un repaso del desarrollo historiográfico posterior permite advertir que en los que lo siguieron predominó la preocupación por indagar la emergencia de nuevas prácticas y concepciones y una atención privilegiada a las elites urbanas y sólo mucho más recientemente las preocupaciones empezaron a atender otros segmentos sociales. De esta manera, la imagen historiográfica disponible sugiere la existencia de un proceso que habría comenzado antes en las ciudades y las elites para abarcar luego a las campañas y los sectores sociales subalternos. En la construcción de dicha imagen, por supuesto, incidía notablemente que la mayor parte de las investigaciones se concentraran inicialmente sobre la experiencia de Buenos Aires y sobre la elite revolucionaria que en torno a ello se conformó.

El libro que presentamos viene a mostrar que esta situación ha estado cambiando y las contribuciones sugieren que esa imagen debe ser interrogada sino directamente corregida. Varios son las razones que lo ameritan. En primer término, porque la experiencia porteña resulta claramente singular dentro de ese vasto, multifacético y contradictorio proceso que fue la Revolución rioplatense. En segundo lugar, porque aún en Buenos Aires la movilización de los sectores subalternos y rurales se inició ya en 1806 aunque una suerte de consenso historiográfico –y la misma visión de muchos contemporáneos– quisieron datarla en los acontecimientos de abril de 1811. En tercer lugar, porque las evidencias disponibles sugieren que resulta preciso prestar privilegiada atención a las dinámicas específicas de cada espacio y las tensiones sociales preexistentes en cada uno. En realidad, como ya lo habían señalado los “padres fundadores” de la historiografía romántica y sagaces observadores contemporáneos, la irrupción del mundo plebeyo y sobre todo del mundo rural en la lucha política iba a signar no sólo la experiencia misma de la Revolución sino también las características de las prácticas y tradiciones políticas posrevolucionarias.

El libro que presentamos busca, por lo tanto, ofrecer un acercamiento a una diversidad de experiencias históricas desde una perspectiva común: indagar diferentes facetas y modalidades de la movilización política en las áreas rurales durante la era de la revolución. Parte de esta historia es bien conocida y no viene al caso tratarla aquí. Sin embargo, sí conviene destacar que el orden político colonial había sido construido a partir de las ciudades y que era desde ellas desde donde se ejercía y se admi-

¹ HALPERIN DONGHI, Tulio *Revolución y guerra. Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1972, pp. 7-9.

nistraba el poder institucional. La misma Revolución que había empezado en una ciudad y reclutado en ella su dirigencia inicial, construyó allí su primera base social de sustentación sino la más firme y consistente. Pero, dado que la mayor parte de la población de las sociedades que componían el Virreinato del Río de la Plata vivía en las campañas, muy rápidamente se hizo manifiesto que el éxito de la Revolución iba a depender no sólo de su capacidad para asegurarse la obediencia y el consenso de las ciudades y sus elites sino también de la que lograra para movilizar y dirigir a esos vastos y diversos sectores sociales rurales sin los cuales la enorme empresa de las guerras de la Revolución era completamente inviable. En consecuencia, la intensa movilización social rural supuso —a un mismo tiempo— un desafío tanto al orden político heredado de la colonia como al que intentaba construir la dirigencia revolucionaria.

Diversos episodios ocurridos durante la década de 1810 podrían dar testimonio de ese desafío y de las contradicciones que desataba. Por ejemplo, la convocatoria de la Junta instalada en mayo de 1810 a que los cabildos eligieran sus representantes para integrarse a ella derivó inmediatamente en la pretensión de que dicha elección se circunscribiera sólo a algunos y no a todos. Aún más decisivo fue el conflicto desatado con la elección de los diputados orientales a la Asamblea General Constituyente de 1813 que si bien tenía otros ejes también incluía esta cuestión. Por último, los vaivenes de la política hicieron que si en el Estatuto de 1815 los vecinos de las campañas adquirían derechos electorales posteriormente esta decisión fuera anulada hasta que los recobraran en la formación de las nuevas entidades soberanas. Tras estas idas y vueltas, sin embargo, las evidencias disponibles sugieren que en espacios tan diferentes y distintos como podían ser Buenos Aires o Tucumán, la participación electoral de los vecinos de las campañas aparece muy rápidamente y se mantiene en el tiempo.

Sin embargo, este masivo y extendido proceso de politización de la vida social tenía otras formas y mecanismos, tanto o más decisivos, e indagarlos resulta central para poder terminar de comprender los avatares y alternativas de esta experiencia histórica. Para ello, prestar atención a la diversidad de situaciones y procesos resulta un imprescindible punto de partida y los trabajos que presentamos contribuyen a comenzar a develarla aunque estén muy lejos de abarcarlas en su totalidad.

Valentina Ayrolo concentra su atención en un espacio peculiar y significativo: la frontera oriental cordobesa. Como muestra la autora, la lucha de facciones no era una novedad de la política cordobesa, agitada y conflictiva antes que, supuestamente, emergiera lo que ha dado en llamarse la “política moderna”. Sin embargo, las rivalidades que desgarraban a la elite (y que se habían hecho manifiestas frente a la deposición de Sobremonte, durante el conflictivo e inconcluso proceso electoral de 1809 abierto por la Junta Central y, sobre todo, durante la efímera resistencia a la Revolución) tuvieron que canalizarse y redefinirse frente al proceso revolucionario adquiriendo nuevas configuraciones, ejes de conflicto y protagonistas. Para ello apelaron, en la medida en que les fue posible, a la densa trama de lazos parentales que las articulaba, pero la intensidad de la lucha política era tal que las sometió a una tensión

extrema en que no fueron pocos los casos de fragmentación de estas constelaciones. Era, de alguna manera, la expresión más nítida de la crítica coyuntura iniciada en 1815 la que iba a abrirle a estas facciones nuevas alternativas: por un lado, se veían forzadas a buscar apoyos externos, lo que las obligaba a un alineamiento de resultado incierto; por el otro, debían conseguir bases sociales más amplias y más firmes en la misma sociedad rural cordobesa, más ahora que veían desintegrarse sin remedio la jurisdicción de su Intendencia. Por cierto, no carecían de intereses ni de lazos con ese mundo rural y el propio Cabildo había acrecentado ese entrelazamiento en las décadas previas a través de un entramado institucional de jueces pedaneos denso y ramificado, mucho más que en otros territorios. Sin embargo, la novedad era que ese apoyo se tornaba particularmente imperioso. En estas condiciones, el espacio fronterizo entre Córdoba y Santa Fe iba a tornarse especialmente autónomo y conflictivo: un territorio de “montoneros” que no tardó en ser escenario privilegiado de la lucha entre el Directorio, el autonomismo santafesino y las incursiones indígenas chaqueñas. De este modo, devenía un espacio relativamente autónomo en el cual ninguna autoridad parecía hacerse completamente efectiva, una circunstancia que hacía factible y hasta necesaria la emergencia de liderazgos locales, algunos de los cuales se reclutaron entre los curas párrocos. Pero también era un espacio particularmente conflictivo por la centralidad que tenía ese corredor para mantener el comercio y el abastecimiento entre Buenos Aires y sus ejércitos.

El artículo de Raúl Fradkin y Silvia Ratto permite un cotejo sugerente de estas circunstancias al concentrar su atención en otro espacio fronterizo y conflictivo: el de Buenos Aires y Santa Fe. Lo que este trabajo permite advertir es la formación de una serie de liderazgos locales sin cuyo apoyo ni el Directorio ni el Gobierno de Santa Fe podían consolidar su control del territorio y de la población. Las violentas confrontaciones que se produjeron en este espacio a partir de 1815 terminaron por dividir y fragmentar el denso entramado social y económico que lo había articulado y una de sus manifestaciones fue la emergencia de esos liderazgos. Con todo, esos liderazgos locales emergentes no parecen poner en evidencia un quiebre de las jerarquías sociales sino que más bien expresaron un tipo de movilización política fragmentada territorialmente en la cual los entramados sociales preexistentes ofrecieron los recursos organizativos. Ello parece quedar claro si se considera el papel de los alcaldes, los curas y los jefes de milicias reclutados entre linajes de antiguo arraigo y, quizás, sólo en Rosario la situación difiera de este cuadro general. Lo que parece claro es que tanto Santa Fe como Buenos Aires enfrentaban serias dificultades para afirmar su control territorial y que para lograrlo no alcanzaba con la fuerza sino que era necesario el consenso que podían suministrar los líderes locales, pero éstos no estaban en condiciones de afirmarse sin recurrir a alianzas con autoridades y fuerzas superiores. De este modo, esta observación a ras del suelo de la lucha política pone en evidencia otra dimensión de la lucha de facciones que sacudía a las elites porteñas y santafesinas: su necesidad de ampliar sus bases sociales y regionales y articularse con estos liderazgos

locales sin cuyo apoyo no podían asegurarse el gobierno de estos territorios y corrían el peligro de ver la emergencia de la disidencia en sus propias jurisdicciones.

En su contribución, Sara Mata se preocupa por indagar un terreno desconocido e incierto: las motivaciones que pudieron tener los campesinos insurrectos en el sur andino para incorporarse a las milicias y el sentido que le otorgaron a palabras como *patria, libertad e independencia*. Esta exploración de una de las facetas más opacas de las culturas políticas de las clases subalternas es realizada a través de una contextualización precisa. A través de ella nos muestra que conviene recordar que en el Alto Perú los movimientos autonomistas de 1809 empezaron en las ciudades de Charcas y La Paz pero derivaron inmediatamente en movimientos insurreccionales rurales que no fueron completamente derrotados y ofrecieron la primera base de apoyo local al Ejército Auxiliar convirtiéndose en un levantamiento de mayores dimensiones cuando alcanzaron a algunas comunidades indígenas. La situación no fue idéntica en Jujuy y Salta aunque aquí también la movilización de los sectores rurales había comenzado antes de adquirir la forma de una insurrección: si ya era importante tras la organización de milicias en 1803 y se multiplicó a partir de 1810 junto al reclutamiento para el ejército, adquirió una masividad inusitada cuando en 1814 esa movilización se transformó en una insurrección rural. El artículo deja en claro que en dicha insurrección tuvieron un papel destacado las milicias rurales y las partidas de voluntarios y que encuadrar, conducir y disciplinar esta movilización fue uno de los principales desafíos que tuvo que afrontar el liderazgo de Güemes. Como bien advierte la autora, estas dificultades no provenían sólo de la acuciante escasez de recursos sino también de las instancias de mediación que hacían posible esa movilización: aquellas que ejercían los cabos, sargentos y capitanes de las milicias sin los cuales era imposible asegurar la lealtad y la obediencia.

La colaboración de Gustavo Paz completa este panorama desplazando el centro de la atención desde Salta hacia Jujuy. Desde su perspectiva, Güemes construyó su poder mediante la extensión de la protección y la compensación material a los habitantes de la campaña movilizados y esta movilización terminó quebrando relaciones sociales coloniales entre la elite y la población rural basadas en el arrendamiento, el peonaje, la provisión de crédito y la administración de justicia por parte del Cabildo. La guerra, por lo tanto, desató tensiones sociales y étnicas que habían estado contenidas, mientras las elites de Salta y Jujuy toleraron ese liderazgo por las urgencias de la guerra y el apoyo que obtenía del Directorio y el Congreso. De esta forma, el franco desafío a la autoridad de las elites se habría basado en una ideología republicana que moldeaba una noción de *patria* que incluía los conceptos de igualdad ante la ley y la abolición de las diferencias étnicas. Lo que Paz nos muestra, entonces, es el notable impacto de la intensa movilización miliciana en Jujuy que mientras privaba a los propietarios de la mano de obra, particularmente escasa en la época de las cosechas, también sustruía a la población movilizada de la jurisdicción civil desafiando abiertamente la autoridad de la elite y construyendo una idea de justicia igualitaria. Hasta ese

momento los cuerpos armados estaban constituidos por los partidarios de la frontera auxiliados por milicianos reclutados entre los peones de las haciendas locales y comandados por los mismos miembros de la elite urbana que tenían sus propiedades en la frontera oriental. Desde 1812 esta situación se modificó y la movilización se tornó masiva: de este modo, en algunas zonas de la quebrada de Humahuaca los milicianos se reclutaron entre campesinos indígenas que vivían en tierras de las haciendas, fenómeno nada extraño si se considera, a pesar de la imprecisión de los datos al respecto, la enorme proporción de indígenas en la población jujeña.

Aunque no resulta factible estimar con precisión la magnitud de esta movilización, ambos trabajos permiten apreciarla. Paz señala que para 1826 –cuando debe haber sido sensiblemente menor– los milicianos enlistados abarcaban un 10% de la población rural de Jujuy. Mata, por su parte, registró que hacia 1818 las fuerzas de Güemes superaban los seis mil efectivos cuando quince años antes rondaban sólo los 1200. Por otra parte, en pocos momentos el Ejército Auxiliar reclutado en diversas provincias llegó a superar esa cantidad de efectivos y tampoco lo haría el Ejército de los Andes.

Justamente, Beatriz Bragoni analiza un aspecto clave de esta experiencia: la desintegración del orden político que se había forjado en torno a la formación de ese ejército y que redundaría en la disolución de la efímera Intendencia de Cuyo. Como señala la autora, la rebelión sanjuanina de 1820 ponía en evidencia el resquebrajamiento de la cadena de mandos en el interior del Ejército de los Andes y la impugnación del entramado político en que se había sustentado en los pueblos cuyanos. Pero, en este caso, la garantía del “orden” la ofrecieron las milicias cívicas de la ciudad de Mendoza. ¿Qué expresaba esta versión cuyana de la lucha entre la “tiranía” y el “anarquismo”, para nombrarla apelando a los términos que esgrimieron los contendientes buscando invalidar a sus oponentes y recuperando discursos y términos que se habían tornado típicos en el litoral al menos desde 1813? Ante todo, la impugnación de un orden que era fruto de la dinámica revolucionaria y que era llevada a cabo por una constelación de actores que, por primera vez, hacía de Cuyo no una retaguardia sino un escenario de la guerra. Pero mantener el “orden” tenía su precio y las autoridades mendocinas debieron reorganizar y ampliar su estructura de milicias urbanas y rurales, atender a sus reclamos salariales y de ampliación del fuero y proceder a montar una nueva trama institucional en su campaña atendiendo a las demandas de los vecindarios de las villas de San Martín y San Carlos jerarquizando políticamente a la frontera sur.

Para entonces, en la campaña de la Banda Oriental la guerra había sido larga y devastadora y la movilización política rural particularmente intensa y había derivado en la impugnación de las jerarquías sociales e institucionales que la unían antiguamente tanto a Montevideo como a Buenos Aires. Sin embargo, la reconstrucción del orden social parecía inminente al amparo de la ocupación portuguesa, la aquiescencia de los sectores propietarios urbanos y rurales y la defección de la mayor parte de los insurgentes. Como señala Ana Frega, en estrecha relación con la movilización militar

de amplias capas de la población los jefes de tropas milicianas y veteranas adquirieron en la práctica un amplio margen de atribuciones para resolver las agudas disputas por tierras y ganados. Y si en la sociedad colonial los ocupantes amenazados por el desalojo recurrían al paternalismo del monarca o apelaban a las costumbres, la situación revolucionaria abrió un camino diferente asociado a la participación en la lucha que podía canalizarse de otra manera en el nuevo contexto definido por la capitulación ante los ocupantes. De este modo, las concesiones estipuladas en las capitulaciones pueden entenderse mejor a partir de considerar las necesidades que tenía el nuevo gobierno de asegurarse algún tipo de apoyo en las redes vinculares preexistentes y evitar la continuidad de una resistencia a través de “partidas sueltas” que ya habían demostrado su eficacia. Y sobre todo, en un contexto como el de los primeros años de la década de 1820 de alianzas inestables y perspectivas políticas inciertas por esta vía, algunos liderazgos –como el de Fructuoso Rivera– podían encontrar un relativo consenso en el ámbito rural y fungir como garantes del nuevo orden social apelando a sus redes vinculares y a una estrategia de política de favores y reciprocidades con amplios grupos sociales.

La recorrida por estas disímiles experiencias y contextos indica a las claras la intensidad de la politización social rural, sus diversas dinámicas y la necesidad de cualquier tipo de orden que se reconstituyera de contar con instancias de mediación que hicieran factible gobernar las campañas. De uno u otro modo, ello tenía costos e implicancias que hacían evidente que el orden posrevolucionario no iba a ser una restauración del colonial ni el imaginado por las elites revolucionarias.

Los artículos que componen este libro fueron presentados por primera vez en las jornadas “Política y sociedad en el mundo rural, siglo XIX” organizadas por la Red de Estudios Rurales en el Instituto Ravignani de la Universidad de Buenos Aires el 18 y 19 de octubre de 2007. Como su título lo indicaba, esas jornadas estuvieron dedicadas a analizar y discutir diversas experiencias de movilización política ocurridas en diferentes ámbitos del espacio rioplatense a lo largo del siglo XIX. Por razones de espacio y posibilidades editoriales hemos elegido seis de esas contribuciones que presentan una clara unidad problemática y una amplia variedad de experiencias en un mismo tiempo histórico. Los otros seis trabajos (escritos por Gabriel Di Meglio, María Sol Lanteri, Daniel Santilli, María Elena Barral, María Paula Parolo y Roberto Schmit) serán conocidos gracias a la generosa acogida que han recibido de importantes revistas académicas de nuestro país.

Muchas son las personas e instituciones a quienes debemos agradecer. Ante todo, a los ponentes en estas jornadas y a Tulio Halperin Donghi, Noemí Goldman y José Carlos Chiaramonte por sus enriquecedores comentarios. Al Instituto Ravignani por dar cobijo desde hace años a la Red de Estudios Rurales que ha permitido articular y fomentar los estudios históricos rurales. Especialmente debemos agradecer a Julio Djenderedjian, María Sol Lanteri y Daniel Santilli sin cuya colaboración hubiera sido

imposible la realización de estas jornadas. Por último, no podemos ni queremos dejar de agradecer a Darío Barrera y a los amigos de *Prohistoria* por haberse embarcado en esta hermosa aventura de contribuir al conocimiento público de los avances que se realizan en la investigación histórica.

